

THE LATIN AMERICAN MIND

EXPLORING THE LATIN AMERICAN MIND. By SEYMOUR B. LIEBMAN. (Chicago: Nelson-Hall, 1976. Pp. 192. \$11.00.)

América Latina ha sufrido, de parte de quienes en los Estados Unidos la estudian, de dos males. Por un lado están los que en el curso de su estudio desarrollan un sentimiento de culpa y tratan, en consecuencia y de modo inconsciente, de justificar todas las actitudes latinoamericanas, y por otro lado están aquéllos que se colocan en una posición objetiva químicamente pura, lo cuantifican todo, y rehusan sacar conclusiones de los datos que penosa y acuisamente, de modo casi obsesivo, han ido acumulando. El resultado es que la imagen que se obtiene en uno u otro caso es una imagen alejada de la realidad y, por lo tanto, inútil tanto para los latinoamericanos como para los norteamericanos.

Naturalmente—y por suerte—hay excepciones. Es gracias a ellas que se ha ido formando un cuerpo de literatura sobre América Latina indispensable para avanzar más en el conocimiento del continente. Sólo muy recientemente ha habido aportaciones latinoamericanas a esta masa impresa; estas aportaciones sufren de los mismos defectos que señalé antes: ya la frialdad objetiva, ya el sentimiento de culpa, pero en este caso culpa no por lo que el propio país ha hecho (como con los estudiosos norteamericanos), sino por lo que el propio país no ha hecho, lo cual lleva a la necesidad de buscar chivos expiatorios. El resultado es que—de nuevo, salvo algunas excepciones—los norteamericanos no dicen lo que América Latina es realmente, por temor a herir a los latinoamericanos, y los latinoamericanos no lo dicen por deseo de ocultar sus propias deficiencias, ya sea achacándolas a los Estados Unidos únicamente, ya sea disimulándolas detrás de una muralla de hechos, estadísticas y encuestas.

Todo esto no significa que los hechos no sean necesarios y que los Estados Unidos puedan alegar una pureza virginal en sus relaciones con América Latina. Significa, eso sí, que por el camino de la utilización de los estudios sobre América Latina para compensar los propios complejos o sentimientos, no se llega a ver la realidad latinoamericana y, sobre todo, no se consigue comprenderla. De ahí que abunden tanto quienes pretenden que no es posible, para un no latinoamericano, comprender lo que es América Latina (lo cual, de todos modos, no explica porqué los latinoamericanos no parecen más cerca de entenderlo que los norteamericanos). Del mismo modo que estuvo de moda, en una época, hablar del misterio del alma eslava, hoy se habla del enigma del alma latinoamericana.

Si esto fuera así, evidentemente lo único que se podría hacer sería cerrar la tienda del latinoamericanismo y dedicarse a otros temas, puesto que no tiene sentido persistir en estudiar algo que, por definición, no es comprensible. Pero, claro está, esto no es así. No hay "almas" incomprensibles y el misterio de cualquier "alma" colectiva consiste, fundamentalmente, en falta de conocimientos y, muy a menudo, en el temor a descubrir una realidad mucho peor que las imágenes que derivan de las tentativas de entender el supuesto misterio.

De vez en cuando, surge alguna reacción a estas actitudes. La más frecuente es la de quien se basa en el sentido común y en la experiencia personal. El libro de Liebman es un ejemplo de esta clase de reacción, conciso y actual, pero un poco atrasado (porque aunque publicado en 1976, parece haber sido escrito antes de 1966, con algunos datos agregados a última hora).

Liebman da muestras de un abundante y sólido sentido común. El sentido común—que cuando se viste con los oropeles académicos es lo que llamamos lógica—funciona inapelablemente en las ciencias naturales y exactas; en cambio, constituye un camino traicionero en las ciencias sociales (precisamente por esto es tan artificial llamarlas “ciencias”). En cuanto se trata de comprender a los hombres o las colectividades humanas, el sentido común nos puede conducir a conclusiones muy alejadas de la realidad o hacernos creer que hemos comprendido algo que sigue siendo tan “misterioso” como antes de que se lo aplicáramos.

Liebman afirma (p. 3) que es un error mirar a América Latina como una comunidad continental homogénea, y nos advierte (p. viii) sobre los peligros de generalizar los juicios y de aplicar los propios juicios de valor a los demás. Pero el libro se compone únicamente de juicios de valor sobre los valores latinoamericanos, basados en la escala de valores de un no latinoamericano* y de generalizaciones al conjunto de América Latina de una experiencia individual vivida sobre todo en México.

Le ocurre a Liebman, creo, lo mismo que reprocha, y con razón, a la mayoría de los autores de libros de texto sobre América Latina, es decir, que caen en “interpretaciones simplistas.” Esto es casi inevitable cuando—aun sin darse cuenta y ciertamente sin desearlo—se juzgan las cosas de otro país u otro continente a base de los propios valores. Un ejemplo mínimo pero significativo de generalización gratuita es la afirmación (p. 4) de que “el español, como el indio, carece de curiosidad respecto a las culturas extranjeras.” Cualquiera que conozca la riqueza de las crónicas de Indias sabe que, aun suponiendo que el español de hoy tenga esa indiferencia (cosa discutible), no la tenía el que acompañaba a los conquistadores ni el colonizador. No hay en la literatura colonial norteamericana ningún estudio de las costumbres y la cultura de los pieles rojas tan amplio y tan profundo como, por ejemplo, uno cualquiera de los libros de Ovando o de Motolinia. Y tampoco lo hay en la literatura inglesa sobre la India antes de medianos del siglo XIX o en la francesa sobre Indochina o Argelia, pongamos por caso, antes de comienzos del siglo XX.

Por mucho que Liebman lo intente—y es mérito especial de su libro el

*Las generalizaciones son a veces de doble filo, como cuando las basa en el distinto sentido que a una misma palabra se da en diversos países. Como cuando dice que en Cuba se llama “barbarismo” a lo que en México se llama “pocho.” Barbarismo es una palabra castellana que indica el uso de voces o giros de origen extranjero y que se aplica en este sentido en Cuba lo mismo que en cualquier otro país de lengua española. O como cuando usa el término “gringo” en el sentido mexicano (despectivo por norteamericano) atribuyéndolo a pueblos del sur del continente, donde “gringo” significa extranjero en general. O, todavía, cuando indica que en Colombia “apodo” significa “alias” y en el resto del continente, “nickname,” pasando por alto el hecho de que en castellano alias y apodo significan indistintamente “nickname” o “nom-de-plume” o seudónimo.

haber sido escrito con esta voluntad—no puede escapar al hecho de que es un hombre de cultura norteamericana. Es decir, si se me permite, a mi vez, generalizar, una cultura en la cual el “cómo,” el “how” parece más importante que el “porqué,” el “why.”

Liebman señala características del latinoamericano que, como ya he dicho, muchos autores estadounidenses pasan por alto por miedo a ofender a los latinoamericanos, y que los autores latinoamericanos disimulan por miedo a “hacer el juego al imperialismo.” Por ejemplo, indica que hay racismo—no legal, pero en las costumbres (p. 32); que hay una doble personalidad en los latinoamericanos (p. 40), una violenta y otra apacible, una aparente y otra oculta; que el machismo es un modo general de vida (p. 49); que se venera la familia y, a la vez, se tiene “casa chica” (pp. 88–89); que la clase media es conformista o tradicionalista (p. 91); que los gobiernos son personalistas (p. 115); que las ceremonias de amistad, en los Estados Unidos, son una fachada que oculta cosas que los norteamericanos ni entienden ni encuentran interesantes (p. 136); que el nacionalismo es pueril y temperamental (p. 143); que los liberales y reformadores acaban hallándose al lado de los conservadores (p. 163); que el principio de la igualdad ante la ley no significa nada (p. 164). Pero, siguiendo en esto la mentalidad norteamericana, después de constatar estas realidades no busca la causa de las mismas. Por lo tanto, los hechos se quedan en simples hechos.

El sentido común puede llevar a conclusiones muy lógicas pero muy alejadas de la realidad, especialmente cuando no se establecen comparaciones históricas. Así, decir que América Latina es muy diversa no significa nada, si se olvida que Europa es también muy diversa (más, puesto que en ella se hablan muchos idiomas y en América Latina pocos) y, sin embargo, todo el mundo sabe lo que significa el adjetivo “europeo.” Es igualmente cierto que los pobres urbanos en América Latina desean adquirir propiedad (p. 113), pero ¿qué significa esto si no se destaca que en todas partes, siempre, los que carecen de propiedad, en las ciudades, aspiran a tenerla? ¿Y de qué sirve citar a un autor que dice que los latinoamericanos “son incapaces de crear sociedades modernas” (p. 59) si no se recuerda que todos los hombres, en cualquier sociedad, fueron incapaces de crear sociedades modernas hasta el momento en que las crearon?

¿Qué puede significar afirmar que, pese a que la clase media es tradicionalista, dos sectores de ella, los militares y los estudiantes, son fuerzas revolucionarias (p. 99), si no se explica las causas de esta contradicción y no se historia el proceso que condujo a las clases medias a volverse conservadoras después de haber sido inconformistas y que ha eliminado, de momento, a la clase obrera como fuerza revolucionaria?

En suma, el libro es útil, porque dice ciertas verdades que se quieren ignorar sistemáticamente, y, a la vez, porque nos muestra los peligros del sentido común, del predominio del “como” sobre el “porqué.” Los estudiantes deberían leerlo para protegerse de esos peligros y los profesores para no olvidarse de los que en apariencia son rasgos negativos de América Latina, pero que son consecuencias de unas causas más profundas. Tal vez así unos y otros se decidieran a investigar estas causas.

VICTOR ALBA
Kent State University